

El Oscar

GABRIELA MILONE

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS
– UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA – ARGENTINA)

Amí me gustaba cómo pronunciaba el Oscar la palabra computadora, *la computadora*. Aquí, los artículos definidos serán importantes y lo serán porque se los pondremos a todos los *sustantivos*: diremos “la computadora” y diremos “el Oscar”. Nunca hablamos de gramática con el Oscar, pero sí de cómo decir (imposible) que cada cosa es cada cosa. *Trabajar*, decía, el Oscar. Se refería a *pintar*, a *leer*, a *traducir*, a *escribir*. Me gustaba cuando llegaba a la casa a visitarlo (el último tiempo fue raro, para nuestra pena) y se quedaba medio atrás de la puerta entornada, con el sombrero puesto, *qué hacés*





Ulises Guiñazú, Oscar del Barco, Sempat Asadourian, Héctor (Toto) Schmucler, Samuel Kievkosky

Gabi. Tenía casi 80 años cuando lo conocí, pero lo vimos cruzar al trote la Colón, *dale dale el semáforo*. Cruzar la calle Colón ahí, al frente de la librería de Juan Maldonado, el editor de *Alción*, *su editor* como le gustaba afectuosamente nombrarlo.

Los amigos, dicho así en masculino. Las chicas, dicho así en femenino. No estoy haciendo una “crítica” queriendo ser sutil y no pudiendo. Vivimos un tiempo raro, dicho en pasado y dicho en presente. El Oscar fue nuestro amigo y es un amigo al que despedimos, con amor, con un amor *presente*, con todas las contradicciones de *este, nuestro tiempo*.

Yo no puedo hablar de “Oscar del Barco”, de su filosofía, de su muerte. Yo, la que dice *yo* y ya siente la mirada torva de uno que nos señaló el *yo* como problema, *yo*, digo, entonces, fui una que llegó tarde a casi todo lo que “Oscar del Barco” significó para la generación suya, para la previa a la mía y quizá que para la mía también. Cuando empecé a leerlo, lo hice por su poesía, 2005 o por ahí. Ya había pasado el primer temblor del “No matar”, pero yo andaba guardada, metida en las bibliotecas religiosas de la ciudad, leyendo todo lo que encontraba sobre mística para hacer mi tesina sobre otro poeta (Héctor Viel Temperley, poeta que al Oscar no le gustaba mucho; pero sí Francisco Madariaga, y cómo pronunciaba “Madariaga” el Oscar, con qué fuerza admirada abría ese nombre). Creo que esta lectora (eso quiero creer, perdonen) estaba más o menos preparada para recibir la poesía del Oscar. Ese experimento que era yo, una suerte de niñita (ese diminutivo era muy de él) que estudiaba

mística y criaba a su bebé, llegó a sus poemas y lo *leyó*. Sé que recibí algunas advertencias (dicho esto sin énfasis), pero no sabía de *quién* me hablaban (así estaba, como sacada del mundo).

Cuando por esos años leí el poemario titulado *dijo*, dije: acá, sigo por acá. Luego, leí los otros libros de poesía: *tú-él, poco pobre nada, diario, espera la piedra, partituras, sin nombre, cuál*. Tampoco hablamos de ortografía con el Oscar, pero ahí está la minúscula, negociando su parte: que su marca (su desvío de la norma) sea lo suficientemente grande como para *decir* lo pequeño; y que, a su vez, pueda indicar que se habla de *éste*, de *ése*, de *aquél*. Tampoco hablamos de pronombres con el Oscar, pero sí sabíamos (el Oscar escribió mucho sobre *eso*, yo lo aprendí con él) que ahí se jugaba toda la contra-dicción.

Yo recibía sus poemas, libro a libro: eran regalos a la espera (así lo decía, a veces) de que alguien, alguna vez, los *lea*. Siempre hacía el chiste de una chica (yo) que una vez le rompió un libro de Blanchot (*El diálogo inconcluso*, ¡oh!) porque lo había llevado a fotocopiar desoyendo el pedido explícito de no fotocopiar. Me retaba por haber preferido antes fotocopiarlo que leerlo, eso creo yo. No tenía cómo resarcirme: no existía en el mundo (exagero, pero no tanto) otro ejemplar de ese libro (de esa traducción) en esa época (sin compras *online*). Le regalé un poema mío, *por favor, no se enoje* (el trato de usted duró unos cuantos años). Lo leyó, se lo dio al editor para que lo publique, así, diciendo y haciendo (risas). De la filosofía de “Oscar del Barco” no puedo hablar; sólo sé de ese enorme *lector* que fue el Oscar.

A mí me gustaba cuando me contaba anécdotas (es que soy una chica: si se lo piensa, que se lo diga): cosas de su infancia, del pueblo, de la comida, de los amigos (el Huguito, el Toto), de la expulsión del PC (capítulo increíble), muy poco de México. Y así, de la nada (justamente) soltaba alguna pregunta sobre dios, casi siempre. Al Oscar le decíamos “el viejo” también, jugando y no, para acercarlo y alejarlo, dialéctica y mística. *Todo es muy difícil*, siempre decía, porque claro, quién puede *afirmar* algo, por mínimo que sea, lo que sea, cualquier cosa, esa cosa, cada cosa, ese bichito ahí.

¿Vos sabés cocinar? ¿Alguien vio alguna vez al Sujeto por ahí? ¿Quién será ese tal Pierre La Place? son preguntas que recordamos, cada vez que podemos, para reírnos de esas anécdotas, del humor del Oscar, de esa cosa incómoda que puede ser siempre la risa y el recuerdo, también. Recuerdo una vez que lo escuchaba hablar de

los ejercicios espirituales ignacianos y hacía ese gesto que siempre me impactó, algo así como abrirse los ojos, como separarse los párpados, ambos, al mismo tiempo, con los índices y los pulgares de cada mano. Sé que no justiprecio el gesto con una buena descripción, pero ese abrirse los ojos era algo que yo (a su vez) observaba con la mirada lo más amplia que podía: *ahí, hay, alguien, que mira*. El Oscar hablaba de la imaginación del dolor, *qué locos estos tipos*, decía, también, para rematar.

Un poema titulado *pájaros* parece que fue una de las últimas cosas que escribió: me contaron que pidió *la computadora* para escribir un poema largo donde la insistencia, claro, insiste. *Dijo, quién dijo, qué dijo*. A mí me gustaba cuando tomábamos mate y me decía que a los poetas había que leerlos completos, *leer todo bien*. *Un pájaro me advirtió / lo que digas sellará tu destino*, escribió. Y estoy tentada a decir *esto*: el lenguaje era el dios del Oscar. Pero ya lo veo, medio risa, medio espanto, *cómo vas a decir esa cosa*.